



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A UNA PEREGRINACIÓN DE BIELORRUSIA

Sábado 17 de octubre de 1998

1. Con gran alegría y emoción os saludo, queridos peregrinos de Bielorrusia. De modo particular, saludo al señor cardenal Kazimierz Świątek, metropolitano de Minsk-Mohilev y administrador de Pinsk, y le agradezco las palabras que me ha dirigido. La persona del cardenal me es muy querida y, por eso, me alegra poder darle la bienvenida en este encuentro. Saludo al obispo de Grodno y a su nuevo obispo auxiliar, así como a los representantes del clero, de las congregaciones religiosas y de los fieles de la Iglesia en Bielorrusia. Os agradezco vuestra presencia y las oraciones que ofrecéis por mi ministerio universal. Que Dios os lo pague. Y dado que los cardenales Szoka y Maida, de Estados Unidos, nos han querido honrar con su presencia en este encuentro, deseo darles las gracias en particular porque se han sentido implicados de alguna manera en esta primera peregrinación bielorrusa al Vaticano. La motivación del cardenal Szoka está vinculada a la historia de su familia.

2. La mayor parte de vosotros viene por primera vez a la ciudad eterna. Ciertamente, ésta es una peregrinación histórica. En efecto, venís de un país que ha reconquistado su independencia; en él la Iglesia puede realizar ahora libremente su misión. Esto sucedió gracias a los históricos acontecimientos que tuvieron lugar en la Europa centrooriental entre los años 1989 y 1990. ¡Cuántos de vosotros llevan aún en su corazón los dolorosos recuerdos y las heridas de las experiencias trágicas y de los abusos sufridos en las crueles deportaciones forzadas a tierras lejanas y desconocidas o en las deportaciones a los campos de concentración! ¡Cuántos de vuestros seres queridos no han vuelto nunca a sus hogares! ¡Cuántos sufren aún hoy a causa de la separación y de la muerte de personas a quienes amaban tanto! Deseo mencionar también las persecuciones que la Iglesia católica sufrió en aquel tiempo. ¿Quién puede contar todos los sufrimientos de los fieles laicos, de los sacerdotes, de los religiosos y las religiosas en Bielorrusia? Hablo hoy de esto porque llevo profundamente en el corazón todo lo que os visteis obligados a padecer durante los terribles años de la segunda guerra mundial y en el período de la

posguerra. También quisiera rendir homenaje a los que en esas terribles condiciones conservaron su dignidad, dando a menudo un testimonio heroico de amor a Dios y a la Iglesia. En particular, me dirijo al señor cardenal, cuya vida, caracterizada por sufrimientos y humillaciones, refleja en cierto modo el destino de familias enteras o de algunas personas, y de toda la sociedad.

3. Habéis venido a las tumbas de los apóstoles san Pedro y san Pablo para dar gracias a Dios, que os ha sostenido con su fuerza en el tiempo de la prueba y la opresión. Habéis agradecido a Dios el don de la fe y la valentía con que habéis defendido la tradición cristiana. Habéis venido también para buscar aquí el consuelo que puede sosteneros en el camino que aún os espera. No basta poseer la libertad; es necesario conquistarla y formarla continuamente. Puede usarse bien o mal, poniéndola al servicio de un bien auténtico o de uno aparente. Hoy en el mundo se ha difundido un concepto erróneo de libertad. No faltan quienes proclaman una falsa libertad. Es preciso que cada uno sea plenamente consciente de esto. Hay que pedir a Dios que haga fructificar el bien que se hizo en el pasado y que sigue haciéndose todavía hoy en vuestra tierra, para que no falten en los corazones la fortaleza, la magnanimidad y la esperanza.

4. Fijad vuestra mirada en Cristo, «enraizados y edificados en él, apoyados en la fe» (*Col 2, 7*). Él es «el camino, la verdad y la vida» (*Jn 14, 6*) para cada hombre, y para todas las sociedades y las naciones. Edificad sobre Cristo el futuro de vuestras familias y de vuestro Estado. Sólo él puede conceder al mundo la luz y las energías para responder a todos los desafíos que vuestra comunidad nacional debe afrontar. Que en el camino hacia el tercer milenio os acompañe la santísima Madre de Dios y os ayude a conservar vuestro grande y valioso patrimonio de fe.

Aprovecho esta ocasión para dirigir un cordial saludo a todos los ciudadanos de Bielorrusia. Deseo para vuestro país todo bien y un gran desarrollo espiritual y material. Que en vuestra tierra todos se sientan felices. Construid juntos vuestro presente y vuestro futuro.

Recibo de vosotros muchas cartas que me invitan a visitar Bielorrusia. El señor cardenal lo ha confirmado hoy en su discurso. Quizá la divina Providencia me permita aceptar un día vuestra amable invitación. Esperemos que así sea. Hay que rezar por esta intención con fervor.

Os bendigo de corazón a todos vosotros, aquí presentes, así como a vuestras familias y a vuestros seres queridos.

Os bendiga Dios todopoderoso: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

¡Alabado sea Jesucristo!